

tenido ocasión de comentar en la presente recensión. Es posible que, para un manual de teología, su modo de exponer ciertas cuestiones resulte demasiado complejo para alumnos de un primer ciclo; pero de lo que no cabe duda es que trata temas teológicos de interés y actualidad.

J. ALVIAR

José Manuel ORDOVÁS, *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas*. Tomo I. *De la Dictadura a la Guerra Civil* (1923-1936), Eunsa («Ciencias de la Información», 62). Pamplona 1993, 335 pp. Mercedes MONTERO, *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas*. Tomo II. *La construcción del Estado confesional* (1936-1945), Eunsa («Ciencias de la Información», 63). Pamplona 1993, 386 pp.

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACN de P) ha desempeñado una relevancia indiscutible en la reciente historia española. En vinculación clara y reconocida con la jerarquía eclesiástica, vino desarrollando desde los «años veinte» encargos tan significativos como la introducción y asentamiento en nuestro país de la Acción Católica, que fue —durante una época— plataforma característica de formación religiosa y social con notables frutos que merecieron el aprecio de los sagrados Pastores.

Pero la idea germinal de la ACN de P se implantaba también en la matriz de una precisa tradición; y se disponía a vivir en coherencia y casi en biológica sucesión de lo que venían siendo —desde los «años ochenta» del pasado siglo— los intentos de los católicos españoles por organizarse frente a las condiciones inclementes heredadas de las crisis decimonónicas. ‘Unidad o muerte’, resultaba para muchos —tal vez para la mayoría de los católicos despiertos y pensantes— una convicción sin distinguos y con todos los visos de la clarividencia. El compromiso disperso —social y político— de cada católico se consideraba insuficiente para conjurar el riesgo de ostracismo que amenazaba la causa de la Religión. Las mejores intenciones quedarían en inútil veleidad mientras no se estructurasen o —incluso— se aunasen los esfuerzos.

Lo cierto es que la tentación del partido único —rodando el XIX— había llamado a la puerta de los católicos españoles con fuertes aldabonazos y no faltaban quienes —bajo un ideal integrista— le habían abierto sus puertas y la acogían con pertinacia (cfr. J. Andrés-Gallego, *Génesis de la Acción Católica española. 1868-1926*, en «Jus Canonicum» XIII, nº 26, 1973,

pp. 370 ss). Ante ese riesgo evidente, León XIII estuvo sembrado cuando en la *Immortale Dei* (noviembre de 1884), avisó sobre la posibilidad de colaborar con los regímenes liberales: «Hablando en general es bueno y conveniente que la acción de los católicos salga de ese estrecho círculo a campo más vasto y extendido, y aun que abrace el sumo poder del Estado». No se trataba de obrar así «para aprobar lo que en el día de hoy hay de malo en la Constitución de los Estados, sino para convertir eso mismo, en cuanto se pueda, en bien sincero y verdadero del público, estando determinados a infundir en todas las venas del Estado, a manera de jugo y sangre vigorosísima, la sabiduría y eficacia de la Religión Católica». El intento era, por tanto, conservar «la concordia de las voluntades y buscar la unidad en los propósitos y acciones, lo cual se obtendrá sin dificultad, si cada uno toma para sí, como norma de su vida, las prescripciones de la Sede Apostólica, y si se obedece a los Obispos». La prensa integrista —por cierto— silenció entonces la Encíclica y su contenido. Prueba clara de que las palabras del Pontífice no caían sobre terreno propicio para que germinase en él —al menos de momento— un criterio capaz de distinguir lo necesario de lo circunstancial y opinable en la acción política. En todo caso ese criterio tendría que abrirse paso entre fatigosas controversias y molestos malentendidos.

La *Liga Católica*, fundada en 1901 por el Cardenal Espínola, será luego apoyada desde 1903, por el Cardenal Sancha bajo el nombre de *Acción Católica* (denominación —posiblemente— de inspiración italiana, precedente de la Acción Católica potenciada por Pío XI). La *Liga* se presentaba en las diócesis como convocatoria para «todos los católicos, cualquiera que fuera su procedencia política, con tal que renunciando a los errores modernos condenados por Pío IX y León XIII, y deseando en momentos tan críticos para la Santa Madre Iglesia ponerse al lado de su Madre, estén dispuestos a posponer sus intereses políticos a los intereses de la Religión». Principio claro, si hubiera sido entendido ya entonces el papel de los laicos y la autonomía de lo secular; pero ya se comprende que esta doctrina no era —todavía por entonces— fruto logrado.

No puede, por tanto, extrañar que tanto los obispos como los laicos comprometidos sintiesen su responsabilidad en indispensable connotación con el trabajo social y político; y esto, por cauce de organizaciones instituidas para integrar operativamente los esfuerzos individuales, que de otro modo se resolverían en la ineficacia. De ahí que los afiliados a la *Liga* hubiesen de buscar «como medio principal... ponerse de acuerdo para llevar a los Municipios, Diputaciones y Comicios candidatos netamente católicos, cualesquiera que sean sus opiniones en lo que es de libre apreciación, siem-

pre que, exentos de todo compromiso de partido, y sin poder ostentar otra representación que la de la Liga, estén dispuestos a ajustar sus programas a las doctrinas de la Iglesia contenidas en el *Syllabus*, Encíclicas, *Quanta cura*, *Immortale Dei*, *Libertas*, *Sapientiae Christianae* y demás documentos pontificios, expresándolo así... de un modo terminante». Frente al socialismo se propiciaba la «democracia cristiana» y la necesidad de establecer «círculos o centros de acción donde a la propaganda doctrinal, desarrollada en escuelas nocturnas, conferencias a obreros, prensa y otros elementos de difusión de la verdad, se una la creación de Asociaciones cooperativas o de mutuo auxilio entre las clases necesitadas, cajas rurales que contengan los desastrosos efectos de la usura, secretariado gratuito del pobre... »

Tales eran, a grandes líneas, los antecedentes del encargo hecho por Pío XI al Cardenal Reig y Casanova de organizar en toda España la Acción Católica siguiendo el modelo italiano. Como «*manus longa*» —como ya se ha visto— fue llamado a colaborar en ese mismo encargo Herrera Oria. Y, a partir de ahí —contando con la inspiración del Padre Ayala como alma de la formación espiritual y apostólica de sus miembros—, la ACN de P iba a estar activa y presente en los acontecimientos políticos de los lustros sucesivos de nuestra historia patria: y por cierto con una altura y con una coherencia muy digna de admiración. Ahí comienza el fiel relato contenido en los estudios que se reseñan.

Ambos estudios, el de José Manuel Ordovás (Licenciado en Ciencias de la Información y Doctor en teología) y el de Mercedes Montero (Doctora en Ciencias de la Información y actualmente profesora en dicha Facultad de la Universidad de Navarra), merecen el limpio elogio que corresponde a un estudio sereno, ponderado, matizado y en estilo ágil —como corresponde a periodistas de carrera— y que llena una necesidad sentida tras la publicación de otros trabajos sectoriales sobre el tema. El relato, compuesto sobre la base de una amplia bibliografía, utiliza como principal fuente —como única fuente— el *Boletín* de la Asociación. El lector juzgará por sí mismo del resultado de este método: y a buen seguro, obtendrá la sensación de haberse acercado a un trabajo de índole biográfica —la biografía de esta Asociación—. Y, junto a ello, —porque la historia objetiva es «*magistra vitae*»— podrá deducir inequívocamente el empeño ejemplar de aquellos hombres de intención recta y de tenacidad encomiable.

Por lo demás, —cuando la historia se lee desde hoy, habituados como estamos al pluralismo y a una pastoral jerárquica más de persuasión que de soluciones únicas e impositivas— bastantes lectores compartirán la opinión que Gonzalo Redondo expresa lúcidamente en el prólogo a José Manuel Ordovás: «Los propagandistas se movieron dentro del campo amplio

que abarcaba desde la espiritualidad religiosa individual hasta la política activa y diaria. Su arraigado tradicionalismo cultural —predominante, por lo demás, en la mayoría de los católicos del mundo por esas fechas— no les facilitó precisamente distinguir de manera adecuada dónde acababa la una y empezaba la otra. Religión, Patria, defensa de una determinada estructura de la sociedad, todo fue para ellos —desde su radical buena intención— una única cosa, un mismo objetivo» (p. 16).

Tras el Concilio Vaticano II y cuando ya el sentido de la historia reciente se viene desarrollando en fértil apuesta por la autonomía de lo temporal y por la libertad responsable de cada persona, el compromiso político y social de los católicos no puede ya realizarse —encontraría al menos multitud de objeciones de conciencia— bajo el paradigma de una opción única. Pero sería una extrapolación enjuiciar los hechos históricos y las mentalidades que los inspiraron haciendo abstracción de las coordenadas de tiempo y espacio. Observación obvia y casi manida; pero siempre válida. Por eso, los autores han hecho bien en limitarse a su función de historiar narrando los hechos en su genuina objetividad.

E. DE LA LAMA

J. CABA, *Cristo, Pan de vida. Teología eucarística del IV Evangelio*, (BAC, 531), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993, 671 pp., 20 x 13.

Nos recuerda el a. en la introducción «la riqueza insondable que encierra el cuarto evangelio». También alude a la enorme cantidad de trabajos que se publican al respecto, y de modo especial sobre Jn 6, donde la bibliografía es tan tupida que hace difícil el caminar. Con Boismar-Lamouille, estima que «el discurso sobre el pan de vida es uno de los textos más estudiados del cuarto evangelio» (p. 20). Con su trabajo, Caba intenta despejar la maraña bibliográfica y facilitar el acceso al texto.

La parte I del libro, titulada «El Pan de vida en la vida del cuarto evangelio. Jn 6 visto en su conjunto», con el c. lo dedicado a «la teología de Jn 6 en la teología del IV Evangelio», (p. 27), y el 20 que trata de los «esfuerzos múltiples en el estudio de Jn 6», (p. 41). La II parte se titula «El Pan de vida simbolizado, anunciado y dado» y estudia las diversas unidades que componen el texto de Jn 6: c. 30 «El Pan de vida prenunciado en símbolo (vv. 1-15)», p. 83; c. 40 «Revelación de Jesús al caminar sobre